

616

25
cts



VENGANZA TEJANA



BOB STEELE



BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO
RAMÓN SALA VERDAGUER

EDITORIAL
"ALAS"

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Teléfono 70657 - Apartado 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS
Sdad, Gral. Española de Librería - Barará, 14 y 16 - Barcelona

AÑO XI

APARECE LOS MARTES

NÚM. 616

TEXAS BUDDIES

VENGANZA TEJANA

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
por el famoso caballista

BOB STEELE

Narración de ALFREDO DARNELL

EXCLUSIVAS DE
DISTRIBUIDORES REUNIDOS

Rosellón, núm. 210 - BARCELONA

REPARTO

| | |
|------------------------|------------------|
| Ted Burns | BOB STEELE |
| June Collins | Nancy Drexel |
| Jack | Francis McDonald |
| Kincaid | Harry Semels |

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

PRIMERA PARTE

—¡Me alegro de verte, Ted!

—¡Hola, viejo! ¡Tienes buen aspecto! ¿Y los muchachos?

—El pueblo está muerto. No lo conocerás. En vez de progresar, retrocede.

Estas fueron las primeras palabras que se cruzaron entre Ted Burns y Jack. El primero acababa de llegar del regimiento y regresaba ilusionado con volver a su pueblo. Hacía ya varios años que se había ausentado del lugar donde vió la luz y ahora volvía convertido en piloto aviador que contaba en su haber más de una proeza.

Jack, el íntimo amigo de su difunto padre, había salido a esperarle ansioso de darle un fuerte abrazo, ya que sabía que el muchacho se había portado muy bien en el regimiento y había leído en los periódicos los relatos de sus muchos éxitos como aviador.

—¿Qué hacen en este momento los de casa? —preguntó Ted.

—Duermen. Ya te he dicho que el pueblo carece de atractivos y la gente no sale mucho de casa.

—¿Y mi tía? ¿Y Elena, mi vecina?

—Tu tía vive lejos de aquí. Elena se casó y se fué a vivir con su marido a una granja. Créeme, no encontrarás por aquí muchas cosas agradables.

—¿Y mi tío, dónde está?—preguntó Ted, cuya cara ya no se mostraba tan alegre como al principio.

—Reclamó la finca que le diste—prosiguió Jack, bien a su pesar—y la vendió a cualquier precio. No sé si contarte más, pues sé que todo esto es desagradable. Empezó a beber y a emborracharse, y al final le echaron del pueblo. Ahora no sé dónde para. De todas maneras no te preocupes; mis negocios no andan del todo mal. Tengo una casa cerca del pueblo y tú vivirás conmigo.

—Jack—dijo Ted—, todo esto que me cuentas me ha cogido de sorpresa. Necesito reflexionar. Por otra parte, no sé si debo...

—Mira, Ted—dijo Jack poniéndole una mano en el hombro y prosiguiendo en tono bondadoso—. Tú sabes que tu padre fué mi compañero y mi amigo íntimo. Le mataron por salvarme la vida... sí... ya te contaré todo esto con más calma... Lo que hizo por



— Tú sabes que tu padre fué mi mejor amigo...

mí no lo olvidaré jamás, y lo que pueda hacer por tí no tiene la más pequeña importancia. Por tanto ahora mismo te vienes conmigo y más adelante te contaré muchas cosas, pondrás orden en tus ideas con calma y decidirás.

—No puedo negarme, Jack. Acepto.

Al día siguiente, cuando Ted se levantó y bajó al patio de la casa, encontró a Jack

que estaba acabando de cinchar un caballo de muy buen aspecto.

—Bónito alazán—exclamó Ted.

—Bastante bueno, es verdad—dijo Jack—pero no tan bueno como tu famosa Nelly.

—¿Qué se hizo de mi preciosa yegua blanca?

—La vendieron.

—Lo siento. Pero ahora noto que has ensillado dos caballos. ¿Qué significa eso?

—Ted—dijo Jack—, he pensado que a pesar de que ahora estás acostumbrado a volar entre nubes muy lejos de la tierra, te alegraría sentir entre tus rodillas un buen caballo.

—No podías tener mejor idea — exclamó Ted alegremente—. ¿Adónde iremos?

—He pensado que podíamos llegarnos hasta una mina que descubrimos tu padre y yo.

—¿Una mina? No tenía noticia de nada.

—Sí. Tu padre y yo descubrimos un gran yacimiento en unas tierras de su pertenencia que ahora son tuyas. Empezamos nuestros trabajos en secreto con un éxito magnífico. Sin embargo alguien debió enterarse porque al cabo de algunos días la mina fué inundada, y mucho tiempo después tu padre murió al querer salvarme la vida.

—¿Qué ha sucedido desde entonces?

—Yo no me he visto con fuerzas para pro-

seguir los trabajos. Se necesitan para ello grandes energías y una cantidad de dinero que yo no poseo. Sin embargo, he querido que tú te halles al corriente del asunto y que puedas comprobar el estado en que ahora se encuentra.

Montaron los dos hombres a caballo, y en aquella mañana clarísima se dirigieron hacia las montañas. Ted iba recorriendo los campos que cuando era casi un niño recorrería a caballo en compañía de su padre, y durante el camino, abismado en sus pensamientos y recuerdos, no se mostraba muy locuaz.

Antes de llegar a las abruptas montañas donde se hallaba localizada la mina descubierta por su padre, debían atravesarse unas cuantas colinas de no muy elevada altura. De pronto ambos hombres alzaron la vista hacia el cielo.

—Me parece que es uno de tus amigos— dijo Jack sonriendo.

En efecto, en el azul del cielo podía verse perfectamente la grácil silueta de un monoplano.

—Los ojos de Ted se abrieron desmesuradamente y en todo su rostro podía verse reflejada una extraordinaria alegría. Le sorprendía ver en aquellos parajes un aeroplano. De pronto su rostro se transformó y la sorpresa siguió al contento.

—¿Qué sucede? — preguntó Jack intrigado.

—Se le ha parado el motor — exclamó Ted—y está buscando un sitio para aterrizar planeando.

—Es extraño—dijo Jack—. Cada semana el aeroplano de Chinto pasa por estos parajes, pero nunca ha aterrizado. Tendría alguna avería.

—Menos mal que el terreno es llano y por aquí no hay árboles—dijo Ted—. De lo contrario podría costarle la vida.

SEGUNDA PARTE

Continuaron después su camino los dos hombres dirigiéndose hacia la mina. Ted había opinado que quizá los aviadores necesitarían socorro, y Jack opinó que podrían al regresar dar un rodeo y llegarse hasta el lugar donde seguramente habían aterrizado.

Se habían ya adentrado en las montañas,

cuando de repente el caballo que montaba Ted se encabritó.

—¿Qué sucede?—preguntó Jack, que iba detrás.

Ted se fijó en un bulto que había en el suelo e inmediatamente saltó del caballo mientras exclamaba:

—Jack, aquí hay un hombre.

Jack también había descendido del caballo, y ambos hombres se acercaron hasta el bulto que había ocasionado el espanto del caballo.

Se trataba de un hombre de unos cincuenta y cinco años y que había muerto hacía bastantes horas. Ted y Jack se miraron.

—¿Muerto?—preguntó Jack.

—Sí. Está ya frío.

Ted se fijó entonces que al lado de la mano del cadáver había un papel.

—¿Hay algo escrito?—preguntó Jack.

—Sí—respondió Ted—. Quizá esto nos dé la clave del crimen. Oye:

Y Ted leyó en voz alta el papel que había podido escribir el hombre antes de fallecer.

«Me dispararon mientras dormía. En la lucha le arranqué un botón de la chaqueta. Un desconocido se apoderó de mi oro. Sólo tengo una sobrina que esperaba en agosto. Protegedla.» Firmaba: *Cyrus Hellner*.



Aquellos hombres mataron al aviador y al encargado del banco.

—Lo han asesinado—dijo Ted, furioso—. ¿Sabes quién era?

—Sí—respondió Jack—. Vivía en una choza a pocos pasos de aquí. Se trataba de un buen hombre que tenía algunas tierras y algún dinero.

—Es extraño todo esto, Jack—dijo Ted pensativo—. ¿Qué opinas?

—Que en todo esto hay gato encerrado.

—¿No sospechas de nadie?

—No. No tengo la menor idea de quién pueda ser. Del pueblo, indudablemente no.

—Yo creo que son varios. El mismo documento que hemos leído habla al menos de dos hombres. Se debe tratar de alguna banda. ¿No podrían ser los mismos que mataron a mi padre y que encenagaron la mina?

—Quizá tengas razón, Ted. Hay que comunicar en seguida esto al Sheriff.

—Sí. Pero yo no me conformo con eso. Ya he encontrado una ocupación en el pueblo. Ayer noche pensaba que muy pronto regresaría a la ciudad. He cambiado de parecer. Tengo que descubrir a los autores de este crimen. He de cerciorarme si no mataron también a mi padre. ¿Tú podrías reconocer al hombre que intentó matarte?

—Sí. Su imagen se quedó grabada en mi memoria para siempre.

—Entonces, ¿quieres ayudarme?

—No hace falta que me lo preguntes, Ted. Te ayudaré en todo lo que tú desees.

—Gracias, Jack. Mañana comunicaremos nuestro descubrimiento al Sheriff, e inmediatamente nos pondremos en campaña por nuestra parte. ¿Te parece bien?

—Admirable. Y ahora, ¿qué te parece que hagamos? ¿Seguimos hacia la mina?

—Si te parece bien, no. Vamos a colocar

el cadáver en la cabaña y volvamos a tu casa.

Ted y Jack, una vez hubieron depositado el cadáver de Hellner en el lecho que había en la cabaña, volvieron a subir a sus caballos y emprendieron el camino de regreso.

No habrían andado dos millas cuando vieron al pie de unas rocas a una muchacha que lloraba desesperadamente.

Corrieron ambos hacia ella y Ted le preguntó:

—Señorita, ¿puede decirnos qué le ha sucedido?

—Lo más horrible del mundo—exclamó la muchacha—. Yo me dirigía a Chinto con objeto de tomar el auto que me condujera al pueblo en donde vive mi tío. Iba en un avión, cuando no sé por qué causa nos vimos obligados a aterrizar. Lo hicimos felizmente, cuando de detrás de una colina aparecieron unos hombres a caballo, y acercándose al avión mataron al aviador y al encargado de un Banco que llevaba una importante cantidad de dinero. Después de eso se escaparon a toda prisa.

—No se apure, señorita...

—June Collins—contestó la muchacha un poco más tranquilizada.

—Ha dicho usted que iba en busca de su tío ¿Cómo se llama?

—¡Cyrus Hellner!



June, fatigadísima y emocionada, no se hizo rogar y fué a acostarse.

Ted y Jack se miraron, y en sus ojos se reflejaba el estupor. Sin embargo como una centella cruzó por la mente de Ted una idea, y guiñando un ojo a Jack, exclamó riendo y señalando a su amigo:

—Pues precisamente le tiene usted delante.

—¿Usted? — dijo June Collins—. ¿Usted es mi tío?

—Yo... mismo... June... —dijo Jack, tartamudeando, pues no comprendía qué se había propuesto Ted.

Este último le hizo señas de que no se preocupase y fingiese ser el tío de la muchacha.

June Collins abrazó a Jack y le dijo:

—¡Qué casualidad! ¡He pasado un susto horrible! ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Por de pronto—dijo Ted—tiene usted que descansar. Vamos a casa de su tío, comerá usted algo y después se acostará. ¿No es eso, Cyrus?

Jack no sabía qué cara poner, y sonreía de una manera idiota; pero afortunadamente para él, June había pasado por una emoción tan fuerte que no se hallaba en condiciones de darse cuenta de nada.

TERCERA PARTE

A unos kilómetros de la finca de Jack existía un pueblo de mala muerte que no tenía muy buena fama. Componían el citado pueblo cuatro o cinco bares y casas de

juego, rodeados de unas cuantas casas de mísero aspecto. La policía del Estado hacía por allí frecuentes excursiones, pero la gente que lo habitaba tenía buenos espías, y cuando aquélla quería hacer alguna «razia» no encontraba pájaros a quién echar mano.

Pocas horas después de haber sucedido los acontecimientos relatados más arriba llegaron a uno de los bares cuatro hombres, que descendieron de sus caballos y entraron en la tasca yéndose a sentar a una mesa donde un hombre les esperaba.

—Buenas noches, Kincaid — dijo uno de los recién llegados.

—¡Salud, muchachos! — contestó el llamado Kincaid—. ¿Cómo ha ido el paseo?

Sonrieron los hombres, y el que primeramente le había saludado prosiguió:

—A pedir de boca. Hemos cazado el pájaro que perseguíamos.

—¿Os ha dado mucho trabajo?

—Ninguno. Nos hemos apoderado de lo que buscábamos.

—¿Quiénes viajaban en él?

—El piloto, nuestro hombre y una muchacha.

—¿Han caído los tres?

Se miraron los hombres, y entonces se dieron cuenta de que quizá habían obrado precipitadamente.

—¡Contestad! ¿Qué significa este silen-

cio?—dijo Kincaid con la voz alterada por la ira.

—Verá, jefe, nos apoderamos del dinero y tuvimos necesidad de liquidar al hombre que lo guardaba; el piloto sacó entonces una pistola y disparó contra nosotros. Harry lo mandó a hacer compañía al otro viajero.

—¿Y la muchacha?

—...No... no... la muchacha no dijo nada... el susto que había recibido le quitó incluso las ganas de gritar...

—¡Imbéciles! La habéis dejado escapar. ¿Tenéis ganas de complicar los asuntos, verdad? He hecho mal de no ir con vosotros.

—Jefe... la muchacha...

—La muchacha es un testigo... ¿Quién os dice que ella no nos delate?

—No se enfade, jefe—terció el más viejo de los hombres—. La muchacha no nos conoce. Además todos íbamos con antifaces. Es incapaz de reconocernos. Por otra parte, casi se desmayó y no se dió cuenta entera de lo que pasaba.

—Bien. Ya no hay remedio — dijo Kincaid—. Dejemos esto.

—Yo opino—dijo uno de los hombres— que ahora haríamos bien en repartirnos el botín y separarnos. Pronto la policía estará al corriente de todo, y por aquí no estamos seguros.

—Harry—dijo Kincaid—. Acuérdate de que aquí el que manda soy yo, y yo quien se cuida de todo lo que pueda suceder. ¿Vais a marcharos así? El jueves hay que dar otro golpe, y después nos separaremos para volver a reunirnos más adelante. He estado hablando con el de la gasolina. Se mostraba reacio a ayudarnos. Pedía una cantidad enorme. He tenido que recurrir a argumentos un poco fuertes, pero al fin le he convencido. El jueves, como os digo, sale otro avión. Llevará veinte mil dólares oro. ¿Os parece que nos los dejemos perder?

—No—dijo Harry—. ¿Y usted, jefe, qué tal?

—Bien. El viejo Cyrus Hellner no ha querido ceder por las buenas y he tenido que mandarlo al otro mundo. De todas maneras, casi no valía la pena; creía que el viejo Cyrus guardaba más dinero.

—¿No lo tendrá escondido?—preguntó Harry.

—También he pensado en eso. Aguardaremos unos días y quizás nos demos una vuelta por allí. Si ha escondido algo, será seguramente en la misma cabaña.

—Conforme, jefe, ¿y ahora qué tenemos que hacer nosotros?

—Vosotros os debéis separar. Es conveniente que no os vean juntos. Os podéis lle-



— Os daré algo para que podáis jugar mañana.

gar hasta Clipson; mañana habrá allí unas carreras de caballos. Es la época de la feria y vienen muchos extranjeros. Pasaréis perfectamente desapercibidos. El jueves, a las cinco de la mañana, nos reuniremos aquí mismo. Tened los caballos preparados en la primera choza de la carretera. ¿Comprendido?

—De acuerdo, jefe.

—Entonces, venga el dinero. Os daré algo para que podáis jugar mañana, y nos repararemos el resto el mismo jueves después de dado el golpe.

CUARTA PARTE

Estaba dando Jack un vistazo a las cuerdas, cuando vió a Ted, que regresaba de dar un paseo a caballo.

—Buenos días, Ted. Tenía ganas de hablarte. Ayer no hubo manera de que me explicases nada. Te pasaste la noche hablando con la muchacha. Parece que es bonita, ¿eh?

—Tienes razón, Jack. Es más que bonita, es preciosa y simpatiquísima.

—¡Caramba! ¡Caramba!

—No te rías. ¿Tú has oído hablar alguna vez de los flechazos?

—Alguna vez, sí...—dijo Jack rascándose la cabeza...

—Pues creo que esta vez me he caído. Es-

ta noche no he podido dormir, y a primera hora he cogido el caballo y me he ido... ¡Adivina adónde!

—No sé. ¿A comprar el anillo de boda?

—No seas idiota, Jack. Me he llegado hasta el aeroplano. Me ha acompañado el Sheriff con sus hombres.

—¿Por qué no me has avisado? —dijo Jack.

—No he querido molestarte. He oído desde mi cuarto que estabas roncando.

—Pero...

—Cállate y déjame contarte. Es necesario que te explique varias cosas antes de que June Collins se levante.

—Te escucho.

—Pues verás—prosiguió Ted—. Llegamos con el Sheriff y sus hombres hasta el avión y recogieron los cadáveres de los infortunados que habían muerto acribillados a balazos. Me dediqué a revisar el avión, pues me extrañó que el piloto hubiese descendido precisamente en el lugar en que debían encontrarse los bandidos. Busqué la causa de una posible avería y no pude hallar ninguna. Cuando estaba bastante perplejo se me ocurrió comprobar el depósito de gasolina, y mi asombro creció de punto al ver que no quedaba en él ni una sola gota de gasolina. Minuciosamente me fijé en todas

las aristas y constaté que no existía ninguna avería. ¿No se te ocurre nada?

—No. No sé qué quieres decir—contestó Jack.

—Pues yo creo haber dado con la clave del misterio. Supón por un momento que los bandidos se hallasen en combinación con el encargado de poner gasolina al avión. Si éste no pone la cantidad necesaria y si un número limitado de litros, calculado previamente, el avión cuando llegue a un punto determinado se verá obligado a planear y descender por falta de esencia sin que el piloto pueda hacer nada. ¿Comprendes ahora?

—Sí. Creo que tienes razón. ¿Qué piensas hacer ahora?

—He notificado al Sheriff mis observaciones, pues contrariamente a lo que pensaba, comprendo que voy a necesitar de su ayuda para seguir mi pista y llegar hasta el fin en el plan que me he trazado.

—¿Podré yo ayudarte en algo?

—Sí. Primeramente es necesario que continúes haciéndote pasar por el tío de June Collins. Cuando tengamos en nuestro poder a los bandidos, contaremos a June la verdad, y ella podrá identificar a los bandidos. Además me interesa que continúe aquí... porque... porque..., en fin, ya lo comprenderás, si quieres.

—Sí. Comprendido. Lo que pasará es que la muchacha cuando sepa la superchería se enfadará conmigo... y con razón.

—Déjate de tonterías. Tenemos aún mucho trabajo. Tenemos que ir hoy mismo a Clipson. Allí se halla situada la base de los aviones, y es necesario que busquemos una pista.

—Conforme; pero te propongo una cosa. Hoy se celebran allí unas carreras de caballos. Estos días son de feria en el pueblo. Podríamos ir en mi Ford y llevar a June, que se divertiría sin duda.

—Magnífico. Haz los preparativos, y en cuanto se levante la muchacha podemos ponernos en camino. Mientras yo voy a ver al Sheriff para que me entregue dos letras para su compañero de Clipson. Hasta ahora.

Ted puso su caballo al galope, y pocos momentos después se encontraba junto al Sheriff.

—¿Tiene usted alguna pista? —preguntó el Sheriff a Ted alargándole la mano.

—Quizá sí—contestó Ted tomando asiento.

—Cuénteme usted. Le ayudaré en cuanto pueda.

—Tengo intención de ir hoy mismo a Clipson con mi buen amigo Jack y la sobrina del difunto Cyrus Hellner, June Collins. Estoy seguro de que allí se hallarán los hombres que han dado el golpe.

—Es posible—dijo el Sheriff—. Entérese sobre todo si el Banco tiene intención de hacer nuevos envíos por avión. Si es así, los bandidos son capaces de intentar un segundo golpe en vista del éxito del primero. Ellos no pueden imaginarse que usted haya encontrado tan pronto el motivo del aterrizaje ni de que nadie se haya enterado de nada, y si pueden se atreverán a repetir el golpe. Creo que es cuestión de obrar rápidamente. Si ganamos tiempo pueden caer en nuestras manos.

—Su opinión coincide enteramente con la mía—dijo Ted, que no esperaba encontrar un Sheriff tan amable ni tan inteligente—. Ahora deseo de usted un favor.

—Diga usted. Procuraré atenderle en cuanto esté en mi mano.

—Muchas gracias. Deseo solamente que me escriba usted dos letras para el Sheriff de Clipson. Está usted en buenas relaciones con él.

—Somos íntimos amigos — dijo el Sheriff—. Hemos estudiado juntos en la misma escuela, y nuestras familias guardan cierto parentesco. Le voy a escribir una carta para él, y puede usted estar seguro de que le atenderá como yo mismo pudiera hacerlo o mejor.

QUINTA PARTE

Una hora más tarde se hallaba Ted sentado en el viejo Ford de Jack, junto a June Collins.

—Estoy un poco enfadada con usted—dijo June Collin a Ted.

—¿Conmigo? ¿Qué he hecho yo que pudiera desagradarla? — preguntó Ted perplejo.

—Tío Jack me ha dicho que esta mañana ha estado usted diciendo simplezas respecto a mí.

Jack metió el pie en el acelerador, pero el Ford no se enfadó por aquel atropello y siguió haciendo sus veinticinco por hora como si tal cosa.

—No he dicho nada malo—contestó Ted—. Sólo he dicho que era usted muy amable, muy simpática y muy bonita.

Siguieron bromeando por el camino y

cuando llegaron a Clipson, Ted les recomendó que fueran a las carreras, pues él tenía algún trabajo. June Collins no puso muy buena cara a aquella proposición, pues hubiera preferido ir a ver la ciudad en compañía del muchacho, pero tuvo que resignarse, aunque de mala gana.

Ted se dirigió inmediatamente a casa del Sheriff de Clipson, quien le recibió como le había augurado su amigo.

—¿Qué especie de hombre es el encargado de poner la gasolina en los aviones de línea?—preguntó Ted después de haberle hecho al Sheriff un detallado relato de todo lo acontecido el día anterior.

—¿Quién? ¿Garner?—exclamó el Sheriff—. Pues verá usted, es un hombre nada bien visto por aquí. Tiene dos vicios difíciles de compaginar, es avaro y borracho. Su moralidad a consecuencia de este último vicio sospecho que deja algo que desear, pero hasta el presente no ha hecho nada que haya contravenido a la Ley, y si lo ha hecho ha sabido burlarla.

—Bien. Me lo figuraba—dijo Ted—. ¿Me permite usted que lo vigile?

—Tiene usted completa autorización.

—Muchas gracias—dijo Ted—. Entonces voy a ponerme inmediatamente en campaña. Ya vendré a darle cuenta de mis pesquisas.

Ted pasó la mañana sin poder averiguar nada de particular, pero por la tarde, cuando la animación era mayor en las carreras, vió que un hombre se acercaba a Garner y ambos se ponían a hablar. Ted se deslizó por un cobertizo y pudo escuchar su conversación y aun ver a los dos personajes por una rendija de las maderas.

—¿Jueves?—dijo uno de los hombres, que no era otro que Kincaid.

—Sí—contestó Garner—. El encargado del Banco llevará veinte mil dólares.

—Bien. Pon gasolina para diez kilómetros más lejos que el otro día—ordenó Kincaid—. ¿Entendido? Si falla te costará la vida. Es el último golpe. Adiós.

Ted se puso a pasear disimuladamente, y al pasar Kincaid junto a él se fijó que le faltaba un botón de la chaqueta.

Corrió Ted a casa del Sheriff y le contó lo sucedido.

—Muy bien trabajado, muchacho—exclamó el Sheriff—. Podemos detener a esos hombres cuando quieras.

—Mi plan es otro—dijo Ted—. Yo soy aviador, le ruego que me permita substituir el jueves al piloto. Yo me encargaré del avión.

—¿Pero qué intenta usted hacer—exclamó el Sheriff—. Puede costarle la vida.

—No se preocupe usted por mí. Sé el sitio

en que debo aterrizar. Mi propósito es coger a los bandidos con las manos en la masa. Usted y sus hombres se apostarán en el sitio que les indicaré, y podrán dar caza a los bandidos. Puede acompañarle el Sheriff de Dayton, íntimo amigo de usted, y quien tendrá una gran alegría en abrazarle.

—También la tendré yo—exclamó el Sheriff—. ¿Y de Garner, qué haremos?

—"Bah! También he pensado en él. Es tan criminal como los otros, y pagará. Le tengo preparada una buena ratonera.

ULTIMA PARTE

Ted contó aquella noche a June la verdad respecto al fallecimiento de su tío y los trabajos que llevaba realizados para vengarla, vengándose al mismo tiempo él mismo.

La muchacha lloró algún tiempo, y después recobrando la energía dijo a Ted que

agradecía cuanto hacían por ella, deseándole la mejor suerte en su hazaña, aunque temía por él.

La mañana del jueves, Jack y Ted se hallaban en el campo de aviación. Cuando Garner se dirigió a poner la gasolina lo cogieron y ataron, colocándolo en esta guisa en la parte trasera del avión, lugar que los bandidos creían ocuparía el encargado del Banco. Una vez hecho esto, Jack fué con su Ford a buscar al Sheriff y a sus hombres y se dirigieron por la carretera al lugar convenido con Ted. Dos horas más tarde, éste subió al avión después de haberse asegurado que Garner seguía atado y en su sitio, y emprendió el vuelo.

Cuando llegó al lugar designado, planeó y aterrizó en una llanura. Inmediatamente los bandidos se adelantaron al avión y lo tirotearon, matando a Garner, a quien tomaron por el encargado del Banco. Ted, mientras se había escondido tras unas piedras. A los pocos segundos los dos Sheriffs, Jack y varios hombres rodearon a los bandidos.

Sin embargo, Ted se había abalanzado sobre Kincaid, y después de haberle atado las manos a la espalda montó en un caballo de uno de los bandidos y se dirigió con él hacia el lugar donde había muerto Cyrus Hellner,



El avión fué tiroteado matando a Garner.

Una vez allí, desató a Kincaid, y señalándole el lugar donde había muerto Cyrus, le dijo:

—Escucha, soy Ted Burns, el hijo del hombre a quien tú mataste con objeto de apoderarte un día de su mina, y he venido a hacerte justicia. Tenía que vengar a mi padre y voy a hacerlo. En tu haber hay otros crímenes. Además del encargado del Banco

y del piloto, has matado a Cyrus Hellner, un pobre viejo indefenso.

—¿Qué pruebas tienes de eso?—dijo Kincaid con los ojos llameantes de ira.

—¿Dónde está el botón que falta en vuestra chaqueta? ¿No lo sabéis? Estaba en la mano del viejo que aun tuvo fuerzas para defenderse y para escribir lo que había sucedido. Ahora vas a morir, y así tus crímenes se acabarán de una vez para siempre.

Cuando Ted regresó, nadie le preguntó qué había sucedido. Junto a Jack se hallaba June Collins, quien le miraba con ojos interrogadores.

—Señorita June—dijo Ted—. Su tío está vengado.

El Sheriff de Dayton se acercó a él y le abrazó.

—Muchacho—le dijo—, eres un valiente. Ya lo habías demostrado con tus hazañas de avión, pero además has demostrado que eres todo un hombre. Siento que no puedas quedarte en el pueblo, pues tu deber te llamará a otro sitio, pero estaremos siempre orgullosos de que hayas nacido aquí.

Por la noche se encontraron en el comedor de la casa de Jack, éste, June Collins y Ted. Los tres callaban y parecían algo tristes, cuando June se decidió a decir:

—Jack, tengo que agradecerle la hospita-

lidad que me ha dado, pero es necesario que vuelva a la ciudad.

—¿Qué hará usted allí?—preguntó Jack.

—Trabajaré. Tengo que ganarme la vida. Estoy sola en el mundo.

—Señorita June...—dijo Jack mirando a Ted—. Yo creo..., en fin, tengo que decirle que mi amigo Ted está enamorado de usted.

—Es verdad—dijo Ted mirando ya a la muchacha cara a cara—. Yo debía haberse-lo dicho antes. Estoy enamorado de usted. ¿Quiere casarse conmigo? ¿Quiere ser la esposa de un aviador?

June miró al muchacho sonriendo, y Jack, levantándose de la mesa, dijo:

—¡Muchachos, muchas felicidades! ¡No quiero estorbaros!

Y dicho esto se alejó silbando hacia el patio.

FIN

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

A PUESTO A LA VENTA

Contra el imperio del crimen (G. Men)

Es un hecho consumado, evidente. Antes o después de «CONTRA EL IMPERIO DEL CRIMEN», ninguna novela de «gangsters» ha obtenido ni obtendrá un éxito tan rotundo que deje una huella tan profunda en la opinión. Es como el compendio, la culminación apoteósica de un género que nadie ha podido disputarle a Norteamérica. Es la realidad máxima de los modernos bandidos de Chicago, terror de ciudadanos y policía, audaces profesionales del crimen, cuya organización perfecta, dentro del delito, causó el asombro y el pánico del mundo.

La máxima creación de

JAMES CAGNEY

UNA PESETA

PEDIDOS A

EDITORIAL «ALAS», Ap. 707, Barcelona



NIÑOS!!

Vuestra lectura
predilecta será

Biblioteca de aventuras Mickey

Libros profusamente ilus-
trados, con dibujos inéditos,
por su mismo creador

Dos historietas en cada libro

Precio de cada ejemplar:

Walt Disney

1'50 pesetas

Recomendable y amena
aducción de

Tomo primero:

M.ª Luz Morales

Mickey y su jazz
Mickey bombero



Tomo segundo:

Mickey cazador
Mickey taxista

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS".—Apartado 707.—BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado
Franqueo gratis

ITALIA y ABISINIA



NOTICIARIO semanal e
ilustrado del conflicto latente
y sensacional,
que apasiona al
mundo entero.

Precio:

25 cts. cuaderno

16 páginas de texto

Portada a todo color

Fotografías "KEYSTONE"
recibidas por avión.



- Núm. 1 Musolini
» 2 El Negus
» 3 Consejo de la Sociedad
de Naciones
» 4 Las fuerzas bélicas italianas

— PEDIDOS A —

EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.